

muy difícil ser rebelde en este ambiente social y mi pobrecita hija... es un ángel. No he querido que sea mártir.

—¿Pero y el amor?

—¿El amor? ¡Mira! Y la anciana señalaba á la felicísima y juvenil pareja que pasaba por entre la arboleda, abrazándose... besándose... amándose...

Pedro TORRES.

LOS GRANDES MÚSICOS

Páginas liminares

Pose á las supersticiones estéticas predicadas con carácter dogmático por teorizantes sujetos á toda preconcepción y á todo apriorismo escolástico, el Arte no puede estacionarse. Su viabilidad y su estabilidad se hallan condicionadas por una constante marcha progresiva. En su interrumpida evolución, horada surcos nuevos y explota filones vírgenes. Cuando el Arte vuelve la vista al ayer y acude á los viejos troqueles, no lo hace en un movimiento regresivo, sino en un deseo de renovación á base del material conquistado y de la experiencia adquirida. Y entonces surge un Renacimiento, tanto más esplendoroso cuanto más sólidas son las raigambres.

No la historia de la Historia, sino la historia del Arte, merece el calificativo ciceroniano de *maestra de la vida* que tantísimo se ha prodigado con una imperdonable ausencia de pudor científico. Aquélla es proveedora de relatos falsos, erróneos ó insuficientes, vistos á través de temperamentos á los cuales falta mucha veces de analíticos y profundos lo que les sobra de sectarios. Esta nos manifiesta, con un penetrante estudio en fuentes fidedignas—las obras de arte, de vida permanente y de valor arqueológico y estético—lo que escapó á los ojos de perspicaces historiadores.

Todo espíritu serenamente contemplativo y hondamente investigador que siga el proceso biológico de las Bellas Artes, verá refulgir, con cogadora intensidad lumínica, esplendorosos faros, según el justo vocablo que Baudelaire consagró en *Les Fleurs du mal*. Estos faros aparecen de tarde en tar-

de. Son ejemplares aislados que condensan y sintetizan el modo de ser de una época y marcan, como piedras miliarias á lo largo de un largo camino, la evolución estética de la humanidad. Innovando con una audacia que corre parejas con su potencialidad creadora, imprimen á su arte un vigoroso impulso vital. Labrando nuevos terrenos mientras los viejos están en rastrojo, dan bellezas inéditas cuando todos soportan el yugo de la imitación. Sin ellos, el arte parecería estancado; sin ellos, la vida, exenta de goces anímicos que aleven sobre la animalidad grosera, sería de una vulgaridad insufrible. Son estos faros tan imprescindible para la vida y para el arte, que acudiendo al lenguaje filosófico de Kant, impónense á nosotros como una especie de postulado histórico. Suprimido mentalmente y arrancaréis de cuajo todo el desenvolvimiento intelectual y todo el florecimiento de la Belleza.

La música, por su esencia extramaterial, está sujeta á las más inesperadas transformaciones. (Un Mozart no hizo prever un Schumann, ni un Gluck, un Weber.) No pudo sustraerse, por tanto, á esta ley orgánica productora de internos ó intensos goces que nos elevan sobre la indigencia espiritual corriente. Y, en efecto, no se sustrajo gracias á una trinidad augusta que encarnó en las personas de Juan Sebastián Bach, Luis Van Beethoven y Ricardo Wagner.

Antes de Bach, este arte vivía en un sabio y glacial cálculo aritmético y en una serie compleja ó inerte de combinaciones logarítmicas. Reducíase á una dialéctica logomáquica ó á pura greguería. Hacer música y jugar al ajedrez eran dos juegos recreativos del espíritu muy semejantes entre sí. Movíanse blancas y negras sobre el pentágono con la misma juiciosa reflexión que, sobre el tablero bicolor, alfiles y peones. Acreditando, salvo excepciones contadas, los polifonistas de los siglos XVI y XVII—rigidos preceptistas cultivadores de malabarismos exentos de toda emotividad—grandes inteligencias y pequeños corazones.

A Bach, á Beethoven y á Wagner, debemos una sólida manifestación artística provocadora de sensaciones profundas y ele-